

THE UNITY OF ITALY AND SYME'S AUGUSTUS:
NATIONALISM, FASCISM AND ELITES IN THE INTERWAR PERIOD

La «unidad de Italia» y el Augusto de Syme: nacionalismo, fascismo y elites en el período de entreguerras

Fernando Wulff Alonso
Universidad de Málaga
wulff@uma.es

Fecha recepción 09.01.2017 / Fecha aceptación 09.03.2017

Resumen

La reflexión historiográfica sobre Syme y su *Roman Revolution* no ha puesto de relieve suficientemente la trascendencia de su perspectiva sobre Italia. Para Syme, Augusto habría hecho que Roma, identificada con la oligarquía silana monopolizadora de los cargos públicos, fuera derrotada por Italia, identificada con sus elites, ahora llamadas a participar en el nuevo sistema político. Más allá de la crítica histórica de un modelo reduccionista y precario, se propone la confluencia en Syme de la herencia de modelos nacionalistas de las identidades, de su aplicación mommseniana a Italia, de perspectivas imperialistas y de modelos de inspiración mussoliniana característicos del período de Entreguerras. La continuidad de los modelos nacionalistas

Abstract

Historiographical reflection on Syme and his *Roman Revolution* has not sufficiently highlighted the importance of his perspective on Italy. Under Augustus, Rome, i.e., the Sullan oligarchy monopolizing public office, would have been defeated by Italy, i.e., the Italian elites, when finally called to participate in the new political system by Augustus. In addition to highlighting the need for historical criticism of such a reductionist and precarious model, this paper also points to the confluence in his thought of inherited nationalist models of collective identities, their mommsenian application to Italy, and imperialist and even Mussolinian perspectives. The continuity of nationalist models also explains the lack of sufficient

da cuenta también de la falta de crítica suficiente a este aspecto central en su pensamiento.

Palabras clave

Syme, *Roman Revolution*, Augusto, Roma, Italia, nacionalismo e identidades, elites, Mommsen, imperialismo, Mussolini, historiografía, Baja República romana.

critical approaches to this central aspect of Syme's thought.

Palabras clave

Syme, *Roman Revolution*, Augustus, Rome, Italy, nationalism and identities, elites, Mommsen, imperialism, Mussolini, historiography, Late Roman Republic.

Introducción

La Revolución Romana de R. Syme¹ es uno de los libros sobre historia de Roma más importantes y comentados del siglo XX². Ha sido, sin duda, el más influyente a la hora de definir el papel de Augusto y su lugar en la estructura imperial. Se trata de una obra clásica que ha suscitado todo tipo de reacciones, marcadas, generalmente, por el reconocimiento de su valor paradigmático en el contexto de los planteamientos que la vieron nacer.

Una de las tendencias fundamentales de la crítica se ha dirigido, ya desde la penetrante reseña de Momigliano al año siguiente de su publicación³, a señalar los límites de una aproximación prosopográfica y basada en seguir la carrera y acciones de los diferentes personajes y elites, dejando a un lado procesos económicos y sociales, elementos institucionales,

1. R. Syme (1989), *La revolución romana*, Madrid (original 1939; sobre ed. 1951). En adelante RR. La traducción es de A. Blanco Freijeiro.

2. Ver, por ejemplo, A. Heuss *et al.*, *La rivoluzione romana. Inchiesta tra gli antichisti*, Nápoles, 1982; K. Raaflaub, M. Toher (eds.), *Between Republic and Empire. Interpretations of Augustus and his Principate*, Los Ángeles-Londres, 1990, dedicado a él, y K. Raaflaub, M. Toher, "Editor's Preface", XV ss., con la observación de que durante cincuenta años ha sido la obra estándar para la transición de la República al Imperio; F. Millar *et al.*, *La Révolution Romaine après Ronald Syme. Bilans et perspectives*, Vandoeuvres-Genève, 2000 (=Entretiens Fondation Hardt XLVI); o la presencia explícita en obras colectivas sobre historiografía de César y Augusto como K. Christ, E. Gabba (eds.), *Caesar und Augustus. Römische Geschichte und Zeitgeschichte in der deutschen und italienischen Altertumswissenschaft während des 19. und 20. Jahrhunderts*, Como, 1989; el papel más implícito en M. Pani (ed.), *Continuità e trasformazioni fra Repubblica e Principato. Istituzioni, politica, società*, Bari, 1991; ver también, sobre el autor y la obra G. Alföldi, *Sir Ronald Syme, "Die römische Revolution" und die deutsche Althistorie*, Heidelberg, 1983 (=Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaft. Philosophisch-historische Klasse, 1983, 1); los datos y recuerdos de su discípulo en Oxford F. Millar, "Style abides", *Journal of Roman Studies* 71, 1981, 144-52; K. Christ, "Ronald Syme", en K. Christ, *Neue Profile der Alten Geschichte*, Darmstadt, 1990, 188-247; H. Galsterer, "A Man, a Book and a Method: Sir Ronald Syme's Roman Revolution after Fifty Years", en K. Raaflaub, M. Toher, (eds.), *Between Republic and Empire...*, *op. cit.*, 1-20 y J. Linderski, "Mommsen and Syme: Law and Power in the Principate of Augustus", en K. Raaflaub, M. Toher (eds.), *Between Republic and Empire...*, *op. cit.*, 42-53. Las desiguales exploraciones sobre la «revolución cultural romana» con Augusto le deben, obviamente mucho, y no sólo en el nombre, tanto en las valoraciones positivas como en las críticas; ver, por ejemplo, A. Wallace-Hadrill, «Rome's cultural revolution», *Journal of Roman Studies* 79, 1989, 157-64. Para una introducción y bibliografía en español A. Caballos, "Introducción" a R. Syme, *Elites coloniales. Roma, España, las Américas*, Málaga, 1993.

3. A. Momigliano, "R. Syme, *The Roman Revolution*", *Journal of Roman Studies* 30, 1940, 75-80 (=Secondo contributo alla storia degli studi classici, Roma, 1984, 407-16). Ver también su "Introduzione a Ronald Syme, *The Roman Revolution*", en *Terzo contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1966, II, 734-5 referido a ámbitos preteridos puestos en evidencia por la nueva documentación epigráfica.

administrativos, religiosos e ideologías, además de no ubicar la época en un análisis suficiente de los períodos anteriores⁴. Otra es la reflexión sobre la validez de un concepto como el de «Revolución» para concebir un proceso que, en definitiva, Syme circunscribe prácticamente a la época de Augusto y a sus planteamientos sobre él y sus actuaciones y apoyos⁵.

¿Es casual que se haya tratado mucho menos el problema de cómo concibe la relación entre Roma e Italia en la época, con qué claves la piensa y qué modelos teóricos utiliza para ello, un tema absolutamente esencial en su pensamiento? ¿Lo es también que no se haya conectado suficientemente con la obra de Mommsen, de la que hereda tantas cosas, incluyendo el sujeto «Italia» y una oligarquía tardorrepública y a una plebe urbana degeneradas que juegan el papel de antagonistas en su historia⁶?

Mi impresión es que esta opacidad del papel de la herencia mommseniana y los modelos nacionalistas de fondo deriva de la conjunción de varios factores historiográficos.

El primero es el impacto de la asunción por Syme de los planteamientos de la «escuela prosopográfica alemana» de Gelzer y Münzer⁷, con todo el atractivo de su enfrentamiento explícito a la perspectiva mommseniana sobre unas dinámicas políticas republicanas presididas por partidos e ideologías precisas y con continuidad, y su reivindicación de la «malla de obligaciones personales»⁸ y de las relaciones de las familias romanas⁹ como claves explicativas. No hay necesidad de encontrar referencia explícita a Mommsen para ver cómo se le opone un concepto bien distinto¹⁰: «Los contendientes eran los *nobiles* entre ellos, como individuos o en grupos... Las familias nobles modelaban la historia de la República, dando sus nombres a sus distintas épocas. Hubo una época de los Escipiones, como hubo una de los Metelos».

El principio es claro: el control total del poder político por parte de grupos familiares estables que abarcarían la historia de la República, en un contexto dominado por términos

4. Ver en esta misma línea, cincuenta años después, H. Galsterer, “A Man, a Book and a Method...”, *op. cit.* 13 ss., quien señala, a su vez, que subestima el papel de la plebe, del ejército y de creencias e ideología; echa en falta una historia de la mentalidad colectiva de esas elites, entre otras cosas.

5. Ya desde A. Heuss, “Der Untergang der römischen Republik und das Problem der Revolution”, *Historische Zeitschrift*, 182, 1956, 1-28; “Das Revolutionsproblem im Spiegel der antiken Geschichte”, *Historische Zeitschrift*, 216, 1973, 1-72; “Rivoluzione: relatività del concetto”, en A. Heuss *et al.*, *La rivoluzione romana...*, *op. cit.*, 1-7 y los diversos artículos incluidos en esta obra. Permite entender el ámbito de discusión en el que se sitúa E. Tornow, *Der Revolutionsbegriff und die späte römische Republik -eine Studie zur deutschen Geschichtsschreibung im 19. und 20. Jh.*, Frankfurt, Berna, Las Vegas, 1978.

6. Ver más concomitancias en G. Alföldi, *Sir Ronald Syme...*, *op. cit.*, 33 ss.

7. M. Gelzer, *Die Nobilität der römischen Republik*, Leipzig, 1912; F. Münzer, *Römische Adesparteien und Adelsfamilien*, Stuttgart, 1920; G. Alföldi, *Sir Ronald Syme...*, *op. cit.*, 6 señala la preponderancia casi absoluta de la historiografía alemana entre sus citas.

8. R. Syme, *RR*, 29, n. 3; ver también la cita de Münzer en 30, n. 9 sobre el «verdadero carácter» de la vida política romana, escondido por los nobles, pero perceptible e investigable.

9. R. Syme, *RR*, 12-13 (Prefacio).

10. R. Syme, *RR*, 30.

como familia, dinero, alianza política, *amicitia*, *inimicitia*, *factio*, competencia, rango, prestigio, honor o *dignitas*¹¹.

Hablamos de una teoría de las elites cruda y muy de ese tiempo de entreguerras¹²: «En todas las edades, cualquiera que sea la forma y el nombre del gobierno, sea monarquía, república o democracia, detrás de la fachada se oculta una oligarquía, y la historia de Roma, republicana o imperial, es la historia de la clase gobernante».

Y en el que Syme deja claro continuamente que no es amigo de sutilezas¹³:

Es una ocupación entretenida especular acerca de las sutilezas de la teoría legal, o seguir de una época a otra la transmisión de las máximas eternas de la sabiduría política; pero es más instructivo descubrir, en cualquier época y bajo cualquier sistema de gobierno, la identidad de los agentes y servidores del poder. Esta tarea ha sido demasiadas veces ignorada o esquivada.

Se entiende el atractivo de la perspectiva, que permitía, entre otras cosas, jugar a la sistematicidad y a la concreción empírica a partir de elaborar las siempre entretenidas listas prosopográficas y, a la vez, dejar tranquilamente penetrar las concepciones explícitas e implícitas sobre el período y la historia en general como si fueran fruto de una perspectiva igualmente empírica y no cargada de los valores ideológicos o las innecesarias finuras que se atribuían a los otros. Permitaseme recordar, adicionalmente, que tampoco la mera y supuestamente empírica idea de que la política romana se entendería por épocas dominadas por determinadas familias (Escipiones, Metelos...) se sostiene en absoluto. No es necesario insistir en otra de sus grandes ventajas académicas: esta perspectiva presenta grandes potencialidades a la hora de evitar pensar.

Se entiende también el segundo impacto historiográfico: el de aquellos que a lo largo de los años, y a partir, como he apuntado antes, del momento de la misma publicación del libro, han criticado estos posicionamientos. Sin salir de los meros aspectos políticos, no hace falta creerse al Mommsen del *Römisches Staatsrecht* para encontrar que la afirmación de Syme de que «La constitución romana era una pantalla y un pretexto»¹⁴ desdibuja la importancia de los aspectos constitucionales -con los que para él meramente se justificaría o escondería antes el poder de la oligarquía y, después, el de los señores de la guerra republicanos- e institucionales -no hay, por ejemplo, una descripción del senado romano y su funcionamiento, como si eso no fuera decisivo¹⁵. Y también resulta evidente que el que un sistema sea oligárquico no implica que no haya que estudiar los vínculos de todo tipo entre esa oligarquía y el pueblo,

11. R. Syme, *RR*, 31 ss.

12. R. Syme, *RR*, 24; ver también 437: ni democracia ni monarquía sin oligarquía. ver L. Canfora, *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid, 1990, 192 para esta formulación en Pareto y Michels, entre otros, que influyen probablemente en M. Gelzer, si no directamente en él. Ver la referencia a Michels en 193 y a Pareto en 198 para su relevancia en el ambiente oxoniense de la época.

13. R. Syme, *RR*, 410.

14. R. Syme, *RR*, 34.

15. Contrástese esto con K. M. Girardet “‘Imperium maius’. Politische und verfassungsrechtliche Aspekte. Versuch einer Klärung», en F. Millar *et al.*, *La Révolution Romaine après Ronald Syme...*, *op. cit.*, 167-227, y

y más en un contexto en el que el mecanismo básico de articulación de su competencia es precisamente un reparto bien estructurado de los cargos en las urnas, y en el que de lo que se trata es de la gestión de una estructura imperial de la que ya Polibio había hecho notar sus fuertes componentes participativos en la extracción de beneficios¹⁶. Considerar la política romana como un juego cínico de luchas por el poder, no implica negar las cuestiones de fondo (la crisis agraria, por ejemplo), sino que exige ver cómo se utilizan y qué respuesta producen en la ciudadanía en tanto que votantes.

En todo caso, se entiende el interés por estos debates, y en particular en un marco donde lo que él representa es general. J. H. Plumb en 1964 en un vibrante comentario sobre el historiador Lewis Bernstein Namier, al que con cierta frecuencia se ha vinculado a Syme, hace notar cómo se habría producido a lo largo del siglo XX, al menos en Inglaterra, una retirada de los temas ambiciosos hacia otros cada vez más restringidos¹⁷, y cómo éste había ganado su reputación a base de escribir libros con falsos títulos generales que en realidad se dedicaban a minucias, y lo compara a una oruga gigante y miope que llegaba a un bosque, subía por un tronco, por las ramas, por un tallo, hasta que llegaba a su hoja y dedicaba su vida a explorar cada nervadura, espina o tricoma.

En un mundo de «Namiers» el despertar de los historiadores más ambiciosos, los que corrían el riesgo de ser tildados por la corriente dominante de orugas miopes «con el oprobioso epíteto de periodista o de ser acusado de prostituir su tarea de investigador»,¹⁸ implicaba ya en sí mismo una tarea suficientemente compleja y delicada. Por el contrario, en este mundo Syme tenía su hábitat natural.

Pero ni el impacto de la ruptura con las concepciones sobre la política romana de Mommsen, ni el desarrollo de perspectivas más amplias sobre la historia de la época con la consiguiente crítica a una visión de la política romana tan, por utilizar la expresión de Plumb, sistemática como miope, son suficientes. El problema de fondo es la conjunción de una insuficiente teorización sobre las identidades en general, más exactamente de cómo pensamos las identidades más allá de los modelos nacionalistas que se vienen utilizando desde la constitución de la historia en el siglo XIX, y una insuficiente aplicación de los nuevos criterios tanto al análisis del problema de Roma e Italia en la Baja República como a la reflexión historiográfica correspondiente¹⁹. Pienso también que esta aplicación todavía no ha llegado hasta sus últimas consecuencias.

la bibliografía recogida en n. 13, de p. 169, así como con la discusión de Millar y otros en este sentido en p. 228 ss. del mismo volumen.

16. Ver F. Wulff, *Roma e Italia de la Guerra Social a la retirada de Sila (90-79 a. c.)*, Bruselas, 2002, 26 ss.; 26, n. 7; 68, n. 4 para una parte de las publicaciones fundamentales en la revisión crítica de todo esto.

17. J. H. Plumb, "Sir Lewis Namier", *New York Review of Books* 3.12.1964.

18. J. H. Plumb, loc. cit.

19. Para mis perspectivas históricas e historiográficas al respecto ver F. Wulff Alonso, "Notas para el estudio de la historiografía moderna en el tema de las relaciones de Roma con los itálicos en el siglo II a. c.", *Baetica*, 6, 1983, 203-215; "Notas sobre el mundo itálico en la ideología romana: Lucilio 1088M y Catón el Censor", en *Baetica*, 7, 1984, 211-8; "Notas sobre Ἰταλιῶται en Polibio, Diodoro Sículo, Tito Livio, Salustio", en *In memoriam Agustín Díez de Toledo*, Granada-Almería, 1985, 461-9; "Apiano: la colonización romana

Modelos nacionalistas y elites frustradas. César

Para entrar en ello conviene seguir situando componentes que permiten avanzar. Recordemos que Syme ciñe su investigación a los años entre el primer triunvirato y la muerte de Augusto (60 a. C.-14 d. C.). Si Mommsen veía la degradación de las elites republicanas desde el siglo II a. C. e insistía en esta misma dirección en el período post-silano, también Syme es claro y sumario en su juicio²⁰:

Restablecidos en el poder por un tirano militar, enriquecidos por la proscripción y el asesinato, más gordos cada vez con los despojos de las provincias, carecían de base para lograr coherencia interna y de valor para realizar las reformas que pudieran justificar el gobierno de clase y el privilegio. Los diez años de guerra en Italia no sólo corrompieron su integridad, quebrantaron también su espíritu.

Incapaces de encontrar soluciones para los problemas por su incompetencia y venalidad, iniciarían los procesos que, comenzando por los mandos unificados fuera de la tradición, llevarían a una inevitable monarquía ante la que estarían condenados a desaparecer.

Su principal diferencia con Mommsen no se sitúa en definir todo esto, y la necesidad de reconstruir lo destruido, sino en otra polémica muy de la época: quién se considera que lo realiza que, para él, no es César, sino Augusto. Y tampoco se diferencian en el tema que más nos interesa aquí: un componente esencial de su tarea, si no el más esencial, sería el de articular no tanto Roma como Italia, concebida como una nación a rehacer. No hablamos de una frase hecha, sino de un concepto de Italia como nación que espera quien la (re)construya y que es el que está detrás de que todo un capítulo, consecuentemente culminatorio, se denomine «Tota Italia».

Por supuesto que Syme es coherente también a la hora de considerar a Italia en clave de sus elites: «La historia simplificada, tanto en Roma como en otros lugares, habla de ciudades

y los planes de Tiberio Graco”, *Latomus*, 45, 1986, 487-504; 731-50; *Romanos e itálicos en la Baja República. Estudios sobre sus relaciones entre la Segunda Guerra Púnica y la Guerra Social (201-91 a. c.)*, Bruselas 1991; *Roma e Italia de la Guerra Social a la retirada de Sila (90-79 a. c.)*, Bruselas, 2002; “¿Por qué las identidades hoy? Historia antigua y arqueología ante un cambio de paradigma”, en F. Wulff Alonso, M. Álvarez Martí-Aguilar (ed.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Málaga 2008, 11-50; “Unidad de Italia, unidad de la Galia, unidad de Hispania. Notas historiográficas”, *Athenaeum* 98,1, 2010, 121-134; “Hablando de identidades. Debates teóricos y reflexiones historiográficas entre la República y el Imperio”, en A. Caballos, S. Lefebvre (eds.), *Roma generadora de identidades. La experiencia hispana*, Sevilla-Madrid 2011, 21-37; “Italians in Badian’s Foreign Clientelae”, en F. Pina Polo, M. Jehne (eds.), *Foreign Clientelae in the Roman Empire: A Reconsideration*, Historia Einzelschriften, Wiesbaden, 2015, 73-92; “Pertenencias e identidades en la Italia del siglo I a.c.: el concepto de “itálico” como problema”, en A. Caballos Rufino, E. Melchor Gil (eds.), *De Roma a las provincias: las elites como instrumento de proyección de Roma. Juan Francisco Rodríguez Neila in honorem*, Sevilla-Córdoba, 2015, 39-68.

20. R. Syme, *RR*, 43.

o naciones, olvidando a menudo con desdén las casas nobles que las gobernaron con talante feudal»²¹.

Y es que: «Al igual que en Roma, bajo una constitución republicana, la aristocracia conservaba, ahora bajo un revestimiento cívico y urbano, la misma preponderancia de que había disfrutado bajo un ordenamiento feudal o tribal de la sociedad»²².

Es ahí donde cabe entender el período tras la Guerra Social y los problemas de Italia, que él tiende a identificar con la falta de promoción de sus municipales en la política romana. Porque el conjunto del planteamiento de Syme se edifica alrededor de dos protagonistas, dos elites, esa elite silana, encabezada por los Metelos en los primeros años, y las de Italia. Syme dibuja un conflicto entre ambos, incidiendo en la posición insatisfactoria y aún no integrada de esos itálicos que no podrían acceder a los altos cargos que se reserva la primera, gentes que oscilarían entre la frustración y el rechazo y olvido de una política peligrosa que les alejaría de sus negocios y ocupaciones.

En ese juego, César cumple un papel, pero no excesivo. Su César no es el providente héroe de Mommsen²³, ni el César a lo Alejandro de Eduard Meyer²⁴, sino mucho más un buen improvisador que se mueve por el honor personal y su seguridad y que, una vez en el poder, habría tenido que empezar a actuar, contar con la clase dirigente, reforzar su partido y legislar. Los grandes proyectos que se le atribuirían serían dudosos²⁵. Por supuesto que este planteamiento podría ser probado con un análisis sobre la legislación y medidas cesarianas que Syme se evita realizar. Una de las pocas excepciones (que no análisis) sigue relativizando su papel, pero apunta en la dirección que le interesa; para él el lento proceso previo de unificación de Italia sería acelerado por las Guerras Civiles y el papel de César, que habría sido necesariamente importante al no poder limitar su tarea a Roma, no debería ser exagerado²⁶.

Pero, si bien la legislación municipal cesariana pudo haber ayudado en el proceso de unión, es el César concreto, práctico, el que tiene un papel en ello, tratándose de un tema esencialmente de poder, de actuaciones, no de normas. Su promoción de gentes de Italia a altos cargos marcaría la nueva ruta, aunque no la llevaría hasta su culminación. Solo cuando Augusto triunfe tras Filipos, esa elite que había hecho imposible que los «partidos de Pompeyo y César» fueran lo bastante fuertes «como para apoderarse del control del Estado y formar gobierno», queda derrotada y cabe resolver el problema: «Durante la Revolución, el poder

21. R. Syme, *RR*, 119.

22. R. Syme, *RR*, 117-8.

23. Ver R. Syme, *RR*, 62; 73 ss.; y en 73, n. 1 la explícita referencia a su desacuerdo con Mommsen y Carcopino. Ver también “Caesar, the Senate, and Italy”, en *Roman Papers* I, Oxford 1979, 88-9 para el debate de la época (original de 1939) sobre César y el contraste con su propia posición. Ver K. Christ, “Zum Deutschen Caesarbild des 20. Jahrhunderts”, en K. Christ, E. Gabba (eds.), *Caesar und Augustus...*, *op. cit.*, 23-47, para una importante revisión de las imágenes de César en la historiografía alemana del siglo XX.

24. R. Syme, *RR*, 82, con cita explícita en n. 24 de su obra y de la posición contraria de F. E. Addock en *Cambridge Ancient History* IX.

25. R. Syme, *RR*, 83; ver también 85.

26. R. Syme, *RR*, 130.

de la vieja clase gobernante resultó quebrantado y su composición transformada. Italia y las clases no políticas de la sociedad triunfaron sobre Roma y sobre la aristocracia romana»²⁷.

Conviene insistir en que el triunfo de Italia sobre Roma no es una metáfora. De hecho, en esa clave articula todo su pensamiento. Su construcción de esa Italia antagónica es esencial. Para hacerla, utiliza componentes muy clásicos de la imagen de los «aliados itálicos» (*Italian allies*) inmediatamente antes de la Guerra Social -dentro de una falta de análisis sólido de su posición-, más de utilización por parte de los políticos romanos que de otra cosa, que incluye las simpatías ante su rebelión cuando, ante el fracaso de Livio Druso, «se alzaron contra Roma en nombre de la libertad y de la justicia»²⁸. Y se entiende que esa Italia no pueda ser la Italia rendida, sin identidad, sino una Italia que está muy lejos de la «romanización»: el proceso de unificación de Italia, nos dice, se habría fechado demasiado pronto y ni la geografía, las comunicaciones, la etnografía, ni los dialectos actuales apoyarían esa perspectiva²⁹. Se impone que dibujase una continuidad entre esos pueblos independientes, autónomos y aguerridos que se habrían rebelado y se habrían propuesto destruir Roma con toda fiera y determinación, y el disenso posterior. Para él, la concesión de ciudadanía, la represión y la colonización silanas, los efectos de lo que define como diez años de guerra, en los que se mezcla la guerra civil, habrían incidido en la misma dirección («Italia fue unificada, pero sólo de nombre, no de sentimiento»), y esos disensos estarían en la base de los apoyos de M. Emilio Lépido y Catilina, en un contexto de agravios más que de integración³⁰.

Es aquí donde se observa el papel señalado de César, el primero que habría roto con aquella oligarquía restaurada silana, que habría perpetuado una tradición mezquina que alejaba de los cargos al bando de los vencidos en el *Bellum Italicum* y a los restantes municipales de Italia, que hubieron de esperar a un caudillo que no era, a pesar de sus soflamas, Cicerón, sino precisamente César³¹.

Consecuentemente, nos refiere cómo, a pesar de las llamadas que se hacen a Italia para la defensa contra César, sería él quien habría contado con su apoyo, esto es, el de sus elites, apoyo que nacía de la hostilidad de estas elites-Italia ante la aristocracia y la plebe romanas, hostilidad que habría incidido antes también en su alejamiento del juego político, desde sus valores tradicionales y ante el peligro que implicaba. Así que César habría integrado a esas elites entre sus seguidores, permitiéndoles una cierta promoción antes y después de su toma del poder que no les habría sido dada antes.

La identificación de Italia, y de los municipales, con los pueblos itálicos derrotados en la Guerra Social, sigue siendo esencial en su pensamiento, pueblos que habrían encontrado

27. R. Syme, *RR*, 25.

28. Ver R. Syme, *RR*, 36; 123; 360-1: nótese la mención de los Gracos como «un partido de los Claudios» que promueve una agitación revolucionaria de la que los salvaría Escipión Emiliano y sus amigos «defendiendo a Italia contra la plebe de Roma», y la referencia al contagio y los agravios; y en 123-4 sus alusiones a cómo «fueron arrastrados por las disensiones romanas», a los interesados reformistas agrarios y al demagogo conservador Livio Druso.

29. R. Syme, *RR*, 122-3 y n. 40.

30. La cita en R. Syme, *RR*, 124; 126; ver también 37.

31. R. Syme, *RR*, 125 ss.

ahora el «desquite y la revancha»³². Y es César quien los articula y quien los promocionará. A su alrededor³³: «Todas las clases se incorporaban. Las ciudades de Italia saludaban el resurgimiento de la facción de Mario, acaudillada por un procónsul que, como aquél, había aplastado a los galos, enemigos tradicionales de Italia».

Conviene llamar la atención sobre cómo Syme incluye aquí otro de los temas cruciales de la concepción mommseniana, bien ligado a sus modelos nacionalistas: el enemigo galo tradicional (al menos hacía algo más de siglo y medio...), y añade más factores, en particular a un Mario al que se considera –contra toda evidencia– como proitalico³⁴ y cuya *factio*, siempre dentro de sus perspectivas sobre *factiones* hegemónicas en lucha, considera esencial para entender las dinámicas de la época.

La Italia que recibe a César, la que él arroparía en su dictadura («La dictadura de César significó el freno a la oligarquía, la promoción al mérito»³⁵), sería también la que recibiría a Augusto, porque representaría la alternativa frente a una oligarquía que le sería ajena. Pero antes de pasar a Augusto se impone una pequeña parada. Aunque no nos podemos permitir aquí pasar de la historiografía a la historia exhaustivamente, cabe apuntar cinco breves notas³⁶.

Un poco de historia

En primer lugar, no se puede aceptar que el problema de la integración de los itálicos en el colectivo imperialista romano se identifique con el éxito de sus elites a la hora de formar parte de la oligarquía romana, por muy importantes que resulten; la ciudadanía implica ventajas y posibilidades en todos los campos y no sólo para ellas, además, claro está, de la desaparición de la enorme cantidad de desventajas que tenía ser súbditos. Ni el triunfo electoral en Roma, ni la inclusión en el Senado significan necesariamente el único camino para participar en un mundo político donde los votos y adhesiones de los municipales –en tanto que ciudadanos– juegan un papel nada despreciable. Todo eso se explora en los años que siguen a la época silana en muy diversos campos, incluyendo, por ejemplo, lo económico (el acceso sin restricciones a la economía paraestatal, negocios de todo tipo...), lo político, lo social y lo militar. Desde Sila hay un modelo organizativo substancialmente similar y mecanismos de todo tipo, institucionales y sociales, en funcionamiento en esa dirección.

Por otra parte, el problema de los *homines novi*, multiplicado por el aumento de ciudadanos y de posibles candidatos tras la Guerra Social, es sin duda importante pero no cabe identificarlo con un problema de Italia o de los municipales: es un problema del sistema que afecta a romanos viejos, nuevos, urbanos y no urbanos y al conjunto de la realidad romana

32. R. Syme, *RR*, 128.

33. R. Syme, *RR*, 126-7

34. Ver su referencia al partido de Mario en R. Syme, *RR*, 96; ver F. Wulff, *Romanos e itálicos...*, *op. cit.*, 305-6.

35. R. Syme, *RR*, 133.

36. F. Wulff, *Roma e Italia...*, *op.cit.*, 112; 179 ss.; 297; 302.

de la época, tal como ocurre con la opción por la retirada de lo público ante el peligro que suponía.

En segundo lugar, la presencia de gentes de los municipios sin predecesores en cargos romanos está bien constatada en ambos bandos. Cuando César rellena huecos de bajas y amplía el senado, recurre necesariamente a ellos, como a otros. Pero esto es lo que hubieran hecho también necesariamente sus rivales de haber triunfado, entre otras cosas porque todos tenían las mismas necesidades de beneficiar a partidarios y asegurarse apoyos futuros. De haber sido así, tendríamos más información sobre sus apoyos previos y muchos nombres de municipales en su bando que desconocemos ahora, por más que se pueda hipotetizar que César tuviera más huecos donde alojarlos dado que él contaba en su bando con menos miembros de la élite senatorial. Conviene no olvidar, además, que el propio César otorga después cargos a gentes bien distintas³⁷.

En tercer lugar, la inmensa mayoría de las ciudades de Italia pueden tomar y toman partido por cualquiera de los partícipes en las guerras civiles considerando un conjunto de factores entre los que, sin duda alguna y como buena parte de los protagonistas secundarios, intervienen junto a consideraciones ideológicas y constelaciones de poder y de intereses muy diversificadas, los cálculos sobre quien sería el ganador y qué peligros inmediatos y mediatos aguardaban ante cada toma de postura. Como señala Momigliano, lo que se ofrece en estos juegos es el botín del Estado mismo³⁸; y, podríamos añadir, lo que se juega es la vida individual y colectiva.

En cuarto lugar, la multiplicidad de posiciones de los romanos municipales incluye también la imposibilidad de reducirlos a un bando. Y, sobre todo, es un error de bulto (e interesado) considerar como sus representantes más significativos a los derrotados de la Guerra Social, y más después de la cantidad enorme de cambios que se habrían ido produciendo desde la dominación silana hasta César. Entre los romanos municipales hay romanos viejos y romanos nuevos, y dentro de estos últimos hay ex-rebeldes y no ex-rebeldes, además de miembros de familias que habían tomado diversas posiciones individuales o familiares en los diferentes momentos; añádanse otros, fruto de manumisiones, de emigraciones desde Roma y otros municipios; ha habido tiempo también para dar lugar a toda una generación entre todos ellos. Y una parte de ellos miraban, a partir de sus propias actividades o de miembros de sus familias, más al mundo imperial que a la misma Italia, aparte de haber seguido sendas individuales y colectivas distintas en los nuevos ámbitos de integración abiertos en estos años.

En este sentido, y más explícitamente, diversos autores³⁹ han vuelto a señalar que conviene no creerse la propaganda cesariana: su glorioso paseo por Italia en el año 49 a. C. ni es tal, ni admite mejor interpretación que la que se refiere a los intereses de salvaguardar vida y hacienda ante quien tiene todas las de ganar por el momento.

37. P. A. Brunt, *The Fall of the Roman Republic and Related Essays*, Oxford, 1988, 5 ss.; 503; ver 7 y n. 10 para Augusto.

38. A. Momigliano, "R. Syme, *The Roman Revolution*", *op. cit.*, 78.

39. Ver M. Volponi, *Lo sfondo italico della lotta triumvirale*, Génova, 1975, 23 ss.; 38; 39, n.3; H. Bruhns, *Caesar und die römische Oberschicht in den Jahren 49-44 v. Chr.*, Gotinga, 1978, 81 ss.

Más importante que todo esto, y abarcando sus perspectivas sobre los dos estadistas en juego, es el lugar de Italia. La construcción de Italia como sujeto es parte de esa construcción nacionalista que venimos analizando y que recicla viejos temas mommsenianos –luego volveremos a ello– en las nuevas claves que exige la época, y que arrastra la debilidad de su escasa vinculación a cualquier evidencia. No hay esa Italia sujeto de la historia y que toma decisiones y se suma a un señor de la guerra con el que se identifica. El que gentes de los municipios accedan a cargos no significa que «Italia» entre en el gobierno del estado romano⁴⁰. Se impone diferenciar entre que se tomen medidas municipalizadoras, por ejemplo, que se promocione a municipales, o que se les utilice militarmente, del hecho de que exista un objeto de políticas «Italia», esto es, que alguien la proponga como meta de proyectos unificadores y patrióticos.

En suma, lo que Syme presenta es un edificio sin base en las fuentes que construye, como he venido señalando, un falso relato que presenta a una Italia antagónica a la corrupta capital y a su clase política, una Italia que un día habría de derrotarla, en un proceso final que identifica con la Revolución romana. La frustrada Italia de Syme es un bloque construido, inventado, un sujeto y personaje histórico inexistente, que él prepara para que lo culmine Augusto. Y no solo integrando elites.

Modelos nacionalistas y elites satisfechas. Octaviano, Augusto, y una Italia triunfante

Y es que, de nuevo, es Italia la que sirve para definir dos momentos en la vida de su personaje, de hecho casi dos personajes distintos, Octaviano y Augusto. Hay un antes y un después de la batalla de Accio y de lo que significa. En el Augusto de Syme se refleja explícitamente, y nada más empezar el libro, una vieja contradicción, que él no deja de comentar, en las perspectivas sobre el personaje: la del Octaviano que desde que es casi un adolescente se mueve con todos los recursos a su alcance y sin escrúpulos hasta conseguir participar en el poder y, por fin, quedarse con él, y la del Augusto constructor de un imperio que, sea como sea, habría acabado con las guerras civiles y preparado un futuro de siglos para el imperio.

Los dos están presentes en él y de manera extrema, eso sí, para el triunfo final del segundo y para una exaltación enmarcada por el conjunto de valores nacionalistas que exploramos, nada exentos de un componente imperialista y de algunos más⁴¹. Ya en la primera página de la introducción los contrasta y señala cómo, tras los azares y milagros del ascenso, llegaría efectivamente «su reinado constitucional, como cabeza reconocida del Estado romano»⁴²,

40. Ver R. Syme, *RR*, 130, por ejemplo.

41. Ver R. Syme, *RR*, 248 ss., por ejemplo, incluyendo la exaltación de su “monarquía constitucional”.

42. R. Syme, *RR*, 17, para el sorprendente uso, otra vez, del término “constitucional”; ver también 648: se habría formulado «una monarquía constitucional como garantía de una libertad que ninguna república podía proporcionar».

el final de un siglo de guerra civil, con la monarquía como mal menor y preferible, todo un nuevo orden para el mundo romano.

Syme no deja de execrar a Octaviano y de aprovechar esto para reivindicar sus propias posiciones pro-republicanas, aunque sólo sirva en realidad para reivindicar la inevitabilidad del imperio y exaltar a Augusto. Su posición «era fruto del fraude y del derramamiento de sangre, estaba basado en la conquista del poder y la redistribución de la propiedad por un líder revolucionario»⁴³. Syme insiste en su rechazo a lo escrito en los últimos tiempos en claves panegíricas⁴⁴. Se confiesa influido por Asinio Poliión y escribiendo «de un modo que ahora tiene la tradición en contra, a saber: desde el punto de vista de la República y de Antonio»⁴⁵. Puede lamentar su caída y entender a los grandes personajes que mueren por la república⁴⁶. Frente a ellos: «El heredero de César ya no era un joven impetuoso, sino un terrorista frío y maduro»⁴⁷, el personaje que «De nuevo, en Perusa, aplastó las libertades de Roma e Italia en sangre y devastación, y emergió como líder revolucionario a cara descubierta e implacable».⁴⁸ Y es que hasta «Los aristócratas hubieran desdeñado asociarse con el joven aventurero, que se había abierto camino por medio de la traición y que en virtud del nombre de César había logrado el apoyo de la plebe en Roma y del proletariado armado en Italia; representaba el cesarismo y la revolución en sus aspectos más brutales y odiosos».⁴⁹

Pero Syme es tan republicano como Tácito, al que cita como tal y tanto admira⁵⁰. En el tránsito hacia la proclamación del nuevo avatar de Octaviano, Augusto, está el proceso por el que unificó esa Italia que le estaba esperando, y es esa unificación la que lo determina. El nombre de Antonio es usado del todo en vano, puesto que su exaltación solo sirve para proclamar a Italia y Augusto, ese Antonio, incapaz de jugar con las malas artes de quienes «organizaron contra él el último golpe de Estado, el frente nacional y la unificación de Italia»⁵¹.

El adiós al terrorista revolucionario vendría dado por la guerra con Antonio y su tránsito lo media el juego político que éste posibilita y, en particular, ni más menos que la forja de una nación:

Octaviano ya no era el terrorista de Perusa. Habían pasado siete años desde entonces. Pero no era aún el líder de Italia. En este breve intervalo muchos temían el choque inminente, y algunos apostaban por el heredero de César, aunque nadie hubiera previsto por qué artes un campeón nacional se iba a alzar con el triunfo, y una nación iba a ser forjada en la lucha⁵².

43. R. Syme, *RR*, 18.

44. R. Syme, *RR*, 12.

45. R. Syme, *RR*, 24; 12.

46. R. Syme, *RR*, 265.

47. R. Syme, *RR*, 248.

48. R. Syme, *RR*, 278-9.

49. R. Syme, *RR*, 285. El concepto de proletariado armado se refiere, por supuesto, al ejército postmariano.

50. «Tácito es monárquico porque su perspicacia le hace desconfiar de la naturaleza humana»: R. Syme, *RR*, 644. Ver K. Christ, «Ronald Syme», *op. cit.* 198-9 para el influjo de su escritura en él.

51. R. Syme, *RR*, 144. Nótese la referencia al frente nacional asociado a la unificación de Italia.

52. R. Syme, *RR*, 328.

La asociación de Antonio con Cleopatra y con el Oriente mismo, una imagen de amenaza y disolución falsa y exagerada, da excelentes frutos⁵³. Sin embargo, ni Antonio estaba sometido a Cleopatra, ni ella era como se la pintaba cuando se distorsionaba indecentemente su imagen⁵⁴, pero, sea como fuere, con todo ello se habría construido: «la magnífica mentira sobre la que se edificó la supremacía del heredero de César y el renacimiento de la nación italiana»⁵⁵.

Espera *tota Italia*, pero no ya para que Octaviano consiguiera reforzar su insegura posición y obtener «la justificación moral de la guerra y el apoyo moral del pueblo romano»⁵⁶, sino para ese «renacimiento de la nación italiana» que no es una metáfora: «En esta atmósfera de terror y alarma, Octaviano decidió recabar el apoyo nacional para su poder arbitrario y un mandato nacional para salvar a Roma de la amenaza del Oriente. Se organizó una especie de plebiscito en forma de juramento de fidelidad a su persona»⁵⁷. Ese plebiscito ante el jefe supremo deja en nada una constitución desfasada: «Contra los órganos degenerados de una constitución mezquina y desgastada, él apelaba a la voz y a los sentimientos del pueblo romano; no a la plebe corrompida, ni al senado atestado y desacreditado de la ciudad, sino a toda Italia»⁵⁸.

Conviene insistir en la importancia concedida a este juramento que nos transmite el *Monumentum Ancyranum*⁵⁹ en su famoso *iuravit in mea verba tota Italia sponte sua*. Tras lo señalado, vuelve a recordar en este contexto del juramento de Italia, y no por casualidad, el extrañamiento previo de la misma, en particular la de la Guerra Social - la primera vez en la que se habría utilizado el nombre con un sentido «político y sentimental»-, una Italia que «no se había amalgamado en sus sentimientos con la ciudad vencedora para formar una nación»⁶⁰. El modelo nacionalista no puede ser más evidente, incluyendo la emoción patriótica misma y el patriotismo⁶¹:

Y sin embargo, en cierto modo, mediante la propaganda, la intimidación y la violencia, Italia se vio metida a la fuerza en una lucha que con el tiempo llegó a creer que era una guerra nacional... La rivalidad de los líderes cesarianos fomentó una oposición latente entre Roma y Oriente, y un nacionalismo que la guerra y la revolución, el hambre y el miedo exageraron hasta el ridículo. Ese nacionalismo estalló y triunfó imprimiéndole a lo que no era más que lucha por el poder, un carácter ideal, augusto y patriótico.

53. R. Syme, *RR*, 342-3.

54. R. Syme, *RR*, 347-8.

55. R. Syme, *RR*, 348.

56. R. Syme, *RR*, 353.

57. R. Syme, *RR*, 359.

58. R. Syme, *RR*, 360.

59. *Res Gestae* 25.2.

60. R. Syme, *RR*, 362.

61. R. Syme, *RR*, 363.

No es que no hubiera intereses materiales en juego: de separarse el Oriente como se temía, los efectos serían catastróficos⁶², pero la cosa no se queda ahí: «El interés se convertía, inconscientemente, en indignación justa y patriótica»⁶³.

El consenso de *tota Italia* es, por tanto, bastante más que un ardid: «El juramento abarcaba a todos los órdenes de la sociedad y vinculaba a todo un pueblo a la clientela de un jefe de partido, como los clientes a un patrono, como los soldados a un *imperator*»⁶⁴.

Con él está, entonces, «la causa nacional»⁶⁵, el pueblo entero vinculado al jefe del partido, esa Italia en su plenitud que triunfa finalmente:

No fue Roma, sino Italia, y quizás Italia más que Roma, quien ganó la Guerra de Accio. En un cierto sentido, el Principado mismo se puede considerar como un triunfo de Italia sobre Roma: Filipos, Perusa e incluso Accio fueron victorias del partido cesariano sobre los *nobiles*. Estando reclutado en tan extensa medida entre los caballeros romanos de las ciudades de Italia, el partido recibió la recompensa del poder en el senado y en los consejos del *Princeps*⁶⁶.

Pero la tarea (y sus sujetos) continúa después: «Italia añoraba la estabilización definitiva de la era revolucionaria. Se había combatido y ganado la guerra de Accio y disipado la amenaza a la vida y el alma de Italia»⁶⁷. Y Augusto, en la perspectiva de la unidad nacional, estaba ansioso por incluir en el senado a esos partidarios suyos de las colonias y municipios⁶⁸.

No sorprende que una vez más entre los promocionados destaque a los enemigos de Roma en la Guerra Social: «muchos de ellos de la Italia cuyo nombre, nación y sentimientos se habían alineado hace poco en guerra contra Roma»⁶⁹.

El resultado brilló por sí mismo:

La *concordia ordinum* lograda así fue al mismo tiempo un *consensus Italiae*, pues representaba una coalición de las familias de los municipios, ya dentro o fuera del senado, todas ellas mirando a Roma como su capital, sin distinciones, y al *Princeps* como su patrono y defensor. Las ciudades de Italia aportaron soldados, oficiales y senadores al Estado romano⁷⁰.

La ampliación de las elites por César y Augusto culminaría en claves nacionalizadoras articuladas alrededor de un partico único:

62. R. Syme, *RR*, 367.

63. R. Syme, *RR*, 366.

64. R. Syme, *RR*, 364.

65. R. Syme, *RR*, 366.

66. R. Syme, *RR*, 568.

67. R. Syme, *RR*, 384; 452-3.

68. R. Syme, *RR*, 452-3.

69. R. Syme, *RR*, 456.

70. R. Syme, *RR*, 457-8. Ver 482 para este concepto de *consensus Italiae* desde la perspectiva de las elites.

La oligarquía ampliada y robustecida del nuevo régimen representaba indirectamente, pero no por eso menos poderosamente, a Roma e Italia. En su forma, la constitución era menos republicana y menos «democrática», pues la posibilidad de ser elegido no estaba ya abierta a todos, sino condicionada por la posesión del *latus clavus*; pero en la práctica era liberal y progresista. Es más, todas las clases de la sociedad, desde los senadores a los libertos, gozaban ahora de un rango caracterizado y de una función en el partido grande, tradicionalista y conservador, que había reemplazado a la engañosa república de los *nobiles*. No era el inmovilismo, sino el cambio y la renovación continuos⁷¹.

Augusto funda, entonces, un Nuevo Estado⁷². Y Syme escucha, como Augusto, la palabra de la nación, por boca de su genuino representante, esa clase media antes retirada de la política, que deviene protagonista⁷³ y que llama a la renovación:

La paz vino, y con ella el orden, pero la nación, gravemente enferma aún, ponía los ojos en su “*salubris princeps*” esperando de él la regeneración espiritual, así como la reforma material... Los mismos hombres que habían ganado las guerras de la Revolución tenían ahora en sus manos las riendas del Nuevo Estado, pero había que profesar e inculcar, si no adoptar, nuevas costumbres, nuevas “*mores*”. No bastaba con adquirir poder y riqueza: la gente quería parecer virtuosa y sentirse virtuosa. La nueva política encarnaba un espíritu nacional y romano⁷⁴.

Es tentador seguir por aquí⁷⁵, pero a nuestros efectos basta con insistir en la presencia de lo italiano junto con lo romano también ahora: si bien puede afirmar que: «En su exaltación de la “Itala virtus” Roma proclamaba su valor, pues Roma había triunfado sobre Italia», señala igualmente que se pedía a Roma e Italia soldados para las guerras, ahora que «estaban unidos, eran fuertes, en una nación forjada en la guerra...»⁷⁶.

No es que Syme ignore la fragilidad real de estos valores y de estas prácticas, de ese frugal campesino de Italia con el que se asocian, cuya vida sencilla en pueblos y aldeas se exalta, pero que ya no existía como antes, entre la ruina y la emigración, ni que lo que se construiría ahora sería un ideal carente de realidad⁷⁷. Pero aun así, nada le impide defender -a pesar de los textos y en ocasiones de él mismo- la centralidad del tema como mucho más que propaganda, incluyendo la afirmación de que Augusto habría dirigido su política de regeneración a esa Italia que triunfa, a esa «burguesía italiana», que le habría apoyado y que recompensa,

71. R. Syme, *RR*, 459.

72. Ver, por ejemplo, R. Syme, *RR*, 24, 63, 434, 444, 503, 557, 565, 568.

73. Es útil contrastar, por cierto, este protagonismo con sus observaciones sobre el interés de Augusto por renovar e integrar a las viejas familias romanas una vez en el poder: R. Syme, *RR*, 463; 468 ss.; 473.

74. R. Syme, *RR*, 551. Ver 556 para el éxito de la regeneración.

75. Piénsese en su concepción de la inestabilidad de la familia, que relaciona con las mujeres de la aristocracia de las que se oía hablar demasiado en público, se metían en política y bellas artes y eran temibles e independientes porque conservaban el título de sus propiedades en el matrimonio, emancipación que habría provocado la reacción de los hombres: R. Syme, *RR*, 557.

76. R. Syme, *RR*, 563-4.

77. R. Syme, *RR*, 572 ss.; 564 ss.

y que habría visto con satisfacción cómo triunfarían por fin sus viejos valores de frugalidad, respeto a la familia, lealtad y deber, aquellos que la corrupta elite romana habría dilapidado⁷⁸.

Es más, es que esos valores habrían impregnado al propio Augusto desde sus, literalmente, orígenes, porque él no era «un dócil instrumento en manos de un partido intransigente de puritanos nacionalistas, Augusto mismo procedía de una familia municipal»⁷⁹, alguien que habría actuado, en realidad, desde sus más íntimas convicciones, porque no participaba de los valores de la aristocracia romana a batir, sino de los de esas burguesías municipales que encumbra y que le encumbran⁸⁰, que era uno de ellos: «A esta identidad de origen y de sentimientos con una clase muy numerosa de Italia debía Augusto gran parte de su éxito»⁸¹. Es ese mismo mundo el que se proyectaría en poetas de la época y que son parte de ese mundo y de su proyecto propagandístico⁸². El joven terrorista, quizás romano en su avatar de terrorista que había masacrado y colonizado brutalmente Italia, había encontrado, al madurar, según parece, al vetusto moralista italiano que llevaba dentro.

Pero ese pueblo romano que habría de imitar los ideales antiguos había de ser un «pueblo romano depurado»⁸³. Conviene no echar en saco roto este término. La disminución de la cepa indígena se habría compensado, cuenta, con una actitud generosa con las manumisiones, pero que habría presentado inconvenientes graves al manumitirse en gran cantidad «cautivos extranjeros y a menudo de razas consideradas inferiores. Sus descendientes engrosaban y sofocaban las filas de los ciudadanos romanos... Augusto intervino para salvar la raza, imponiendo severas restricciones a la libertad de los propietarios individuales de esclavos, de declararlos libres».

Sin dejar de señalar ciertos límites, el resultado final es el éxito de Augusto. El esfuerzo, apunta, no habría sido en vano: «Las diferentes clases del imperio habían sido llamadas a tener una cierta conciencia de la dignidad y los deberes de una raza imperial»⁸⁴. Poco después de definirnos como orgánica la relación de Augusto con la *Roman Commonwealth*⁸⁵ -término

78. R. Syme, *RR*, 568.

79. R. Syme, *RR*, 568; 462-3.

80. Véanse las interesantes notas, por cierto, de A. Wallace-Hadrill, “The Roman Revolution and Material Culture”, en F. Millar *et al.*, *La Révolution Romaine après Ronald Syme...*, *op. cit.*, 283 ss. sobre la falta de análisis en Syme de los recursos económicos reales de esa «burguesía», con la consiguiente dificultad de definición, muy contrastada con la tendencia a interpretarla de forma lineal. La falta de interés por la arqueología italiana (y no italiana) de Syme es relacionable con esto. Sobre Syme y la arqueología véase el texto de J. Arce en este mismo volumen.

81. R. Syme, *RR*, 569.

82. Ver el cap. XXX, “El encauzamiento de la opinión pública”, R. Syme, *RR*, 575 ss., por ejemplo, 582-3.

83. R. Syme, *RR*, 559.

84. R. Syme, *RR*, 574. Ver la referencia en 572 a la grandeza de un pueblo imperialista.

85. R. Syme, *RR*, 520 de la edición inglesa (*The Roman Revolution*, Oxford-N. York 1987, traducida sólo como «imperio romano» en la p. 650 de la española).

que quizás actualiza aún más esa preocupación por la degeneración de una raza imperial ante la mezcla con extranjeros y la pérdida generalizada de valores⁸⁶- nos cuenta cómo:

El Estado romano, basado firmemente en una Italia unida y un imperio coherente, fue completamente renovado, con nuevas instituciones, nuevas ideas e incluso una nueva literatura que era ya clásica. El destino del imperio había pesado sobre Roma con amenaza de ruina. Pero ahora el pueblo romano, recuperado de fuerzas, robusto y animoso, podía soportar la carga con orgullo y seguridad⁸⁷.

Sin duda esa carga/*burden* remite al célebre poema de Rudyard Kipling, *The White man's burden*, donde se exalta precisamente el esfuerzo sin recompensa de quienes luchaban por expandir la civilización y el orden, a pesar de la desagradecida incompreensión de aquellos que, sin saber de su gloriosa misión, se les oponían.

No parece necesario insistir en lo que hemos visto: la omnipresencia del modelo nacionalista de Italia en su obra en general, en sus formulaciones específicas, en su concentración en César y, en particular en Octaviano-Augusto, en la delimitación altamente restrictiva y rígida de la dinámica Roma/Italia, e incluso en la de los dos personajes, o avatares, sucesivos, Octaviano y Augusto. El contraste entre esta permanente, pregnante y a veces hasta devoradora presencia de Italia con el escaso tratamiento que ha recibido en la historiografía contemporánea, se hace evidente.

Puede ser útil, llegados a este punto y como preludeo a una breve nota histórica, y a una entrada final de Mommsen que nos permitirá mirar hacia delante y hacia atrás y hasta contribuir a explicar ese silencio, insistir en algo que no se le habrá escapado al atento lector: el uso por Syme de tres núcleos conceptuales, unidos a los valores ideológicos y a los relatos correspondientes, que nos servirán de puente con lo que sigue.

Un asunto de conceptos y de relatos. Nacionalismo, imperialismo, fascismo y Mussolini

El primer núcleo es el más obvio y se refiere a los términos que remiten directamente al modelo nacionalista mismo: unificación de Italia, amenaza a la vida y al alma de Italia, campeón nacional, la forja de una nación, apoyo, mandato, sentimiento, orgullo, causa, movimiento, espíritu, guerra nacionales, ideal, guerra, empresa, renacimiento patrióticos, puritanos nacionalistas..., que dan título incluso a un capítulo: ni más ni menos que «El programa nacional»⁸⁸. Son los que aderezan y dan cuerpo al relato principal que se centra en el Augusto esencialmente italiano

86. No podemos entrar aquí en los debates británicos sobre la degeneración de lo belicoso en su clase obrera y otros componentes, que tienen mucho que ver con el conjunto de debates finiseculares sobre la «decadencia de las razas» y, en particular, de las razas latinas, temas luego alimentados por las perspectivas sobre la decadencia de occidente tras la Gran Guerra.

87. R. Syme, *RR*, 651 (521 de la ed. inglesa).

88. R. Syme, *RR*, cap. XXIX, 551 ss.

que consigue la unidad de Italia, ese sorprendente renacimiento de una unidad de Italia que nunca jamás había existido, como sabemos. Unidad y nación se convierten en el eje y el resultado de su política, incluyendo la integración de las elites de Italia y el dominio de sus hombres y sus valores, y la exaltación emocional y patriótica a través del juramento colectivo en el contexto del enfrentamiento, por más que falseado, con el enemigo exterior.

Quizás no es muy necesario volver a insistir aquí en su omnipresencia, y apuntar, en cambio, que estos modelos nacionalistas no están solos, como no lo están en Mommsen. Cuando Syme escribe que «Roma había adquirido un imperio universal, medio a su pesar, mediante una serie de casualidades, exigencias cada vez mayores de seguridad militar, y la ambición de unos pocos»⁸⁹, sigue, entre otros, al autor alemán, en cuanto a la imagen casi obligada de la expansión exterior romana, que tanto cuadra, por lo demás, con la imagen británica de la conquista de la India. Y le sigue también en otra preocupación: el destino de un imperio y de la raza que lo guía, hasta que para Syme habría venido a arreglarlo, en la medida de lo posible, Augusto, tal como para Mommsen habría llegado César. Es este el segundo núcleo conceptual que nos interesa, el de los conceptos relacionados con el imperialismo y el racismo, ese pueblo romano depurado frente al peligro de cautivos extranjeros y de razas a menudo consideradas inferiores, ese Augusto que salva la raza, y permite que surja una cierta conciencia de la dignidad y los deberes de una raza imperial, en una *Roman Commonwealth* que ahora puede soportar la carga/*burden* del imperio.

Si conceptos como éstos de nacionalismo, raza imperial, imperio, nación regenerada cuadran a la perfección con el ambiente conservador europeo de la época, otros están cargados de valores directamente fascistas, e iluminan los anteriores. Este es el tercer núcleo terminológico, articulador también de una trama argumental clave.

Es cierto que Syme se refiere críticamente a las exaltaciones de Octaviano que se vinculan con los usos de Augusto en las celebraciones de su bimilenario en 1937 por Mussolini, que se celebran en el contexto de un ambiente historiográfico y político muy cargado⁹⁰. Pero todo acaba culminando en el regenerado y regenerador Augusto, como hemos visto, y esto no es fruto del azar⁹¹. En este sentido, L. Canfora⁹², en un texto, no por casualidad, muy poco

89. R. Syme, *RR*, 552.

90. Conviene apuntar dos hechos adicionales: en primer lugar la situación en Italia no estaba únicamente presidida por publicaciones como P. de Francisci, *Civiltà Romana*, Roma 1939 (*Quaderni dell'Istituto Nazionale di Cultura Fascista* IX, I-II, Instituto Nacional di Cultura Fascista, Roma), incluso en las publicaciones oficiales como, por ejemplo, *Augustus. Studi in occasione del bimillenario augusteo* de 1938, se perciben distintas líneas y niveles, por decirlo así, de militancia; y tampoco el panorama anglosajón estaba privado de autores críticos, y más explícitos y nada ambiguos, como se ve en J. Whatmough, *The Foundations of Roman Italy*, Londres 1937, 411-2 (y ver también otras críticas como la dedicada al supuesto papel civilizador de Roma poco menos que como enviada de la providencia en 9).

91. Resulta lo suficientemente claro como para sobrepasar los rasgos de una mera insinuación, en los términos que dibuja J. H. D'Arms, "Upper-class attitudes towards *virī municipales* and their towns in the Early Roman Empire", *Athenaeum* 62, 1984, 456: «Syme, like Tacitus, is a master of innuendo».

92. L. Canfora, *Ideologías de los estudios clásicos*, *op. cit.*, 203-4. *cf.* con M. Mazza, "Ritorno alle scienze umane. Problemi e tendenze della recente storiografia sul Mondo Antico", en *Studi Storici*, 19, 1978, 490.

utilizado en los debates sobre nuestro autor, ha ligado esta aceptación de Augusto como mal menor y salvador de una nación en peligro a una justificación en última instancia de la necesidad del fascismo. Análisis comparativos de otros textos de la época que juegan con estas problemáticas seguramente añadirían nuevos argumentos a posibles reflexiones ⁹³.

La terminología resulta muy reveladora. Algunos ejemplos bastan. El concepto de Nuevo Estado/Estado Nuevo era y es un término favorito de grupos y regímenes golpistas y/o fascistas europeos y americanos ⁹⁴ y, por supuesto, del mussoliniano. La cuestión de la construcción y preservación de la «raza imperial» aparece tal cual en los textos fascistas italianos, por supuesto ligada al imperialismo y a los riesgos que implicaba ⁹⁵. La calificación, y en los títulos de sendos capítulos, de las entradas en Roma de Octaviano como «marchas sobre Roma» ⁹⁶ no es quizás tampoco casual. Puede ser que tampoco lo sea el que otro capítulo se titule «Dux»⁹⁷. Las referencias a una elite política degenerada que debe dar paso a una nueva elite renovadora y verdaderamente nacionalista son constantes en los discursos de Mussolini ⁹⁸. El término «plebiscito», con el que bautiza el juramento de fidelidad a Augusto, tiene su correlato directo en las elecciones de la *Camera dei Deputati* del 24 de Marzo de 1929 y del 25 de Marzo de 1934, que se plantearon como un plebiscito que aprobaría una lista elegida por el Gran Consejo del Fascismo. El primero, en particular, es presentado como la muestra del total refrendo de su tarea patriótica ⁹⁹. La importancia patriótica del juramento de Italia

93. Ver, para una primera guía de publicaciones en Italia, E. Lepore, “Cesare e Augusto nella storiografia italiana prima e dopo la II Guerra Mondiale”, en K. Christ, E. Gabba (eds.), *Caesar und Augustus...*, op. cit., 1989, 300 ss.; uno de los de más interés podría ser M. A. Levi, *Octaviano capoparte*, Florencia, 1933.

94. Ver, por ejemplo, E. Gentile, *Il mito dello stato nuovo dal radicalismo nazionale al fascismo*, Roma-Bari, 2002; el periódico doctrinal de Vichy: *France, Revue de l'état nouveau*; V. Pradera, *El Estado Nuevo*, Madrid, 1935; A. Cazorla, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista, 1938-1953*, Madrid, 2000; Estado Novo es el nombre también aplicado al estado resultante del salazarismo portugués (1933-74) y al del golpista Getulio Vargas en Brasil de 1937-45.

95. I. di Jorio, “La “Gazzetta di Parma” in camicia nera. La costruzione della “razza imperiale” nel Corriere Emiliano”, en *Fascismo e antifascismo nella Valle Padana*, Bolonia 2007, 201-20. N. Poidimani, *Difendere la “razza”: identità razziale e politiche sessuali nel progetto imperiale di Mussolini*, Roma, 2009; ver 9 ss. para la publicación periódica *Diffesa della razza*.

96. R. Syme, *RR*, cap. IX, 166 ss.: “La primera marcha sobre Roma”; cap. XIII, 229 ss.: “La segunda marcha sobre Roma”.

97. R. Syme, *RR*, cap. XXI, 371 ss.

98. Ver, por ejemplo, en pleno ascenso y en relación con las críticas al gobierno de Francesco Saverio Nitti, B. Mussolini, *Opera Omnia*, E. Susmel, D. Susmel (eds.), Florencia 1954, vol. 14, 11; 22 («liquidazione di uomini e di sistemi sorpassati»; «quella parte parassitaria della nazione»; «galleria di nostri uomini politici»...).

99. Ver, por ejemplo, *ABC*, martes 26 de Marzo de 1930, 39-40: «El plebiscito de adhesión completa al régimen fascista del pueblo italiano adquiere enorme significación por el número de los votos emitidos. Los votos emitidos ponen un término a las esperanzas de aquellos que esperaban la caída del régimen fascista. De los 9.650.570 inscritos en las listas electorales han votado 8.650.740. De estos votos son favorables al régimen fascista 8.506.570, y 136.198 contrarios. Ha votado, pues, un 90 por 100 de los que tienen derecho de votar. En el Vaticano, los resultados produjeron óptima impresión».

de Syme, que distaba mucho de haber sido tomada unánimemente en serio por toda la tradición anterior, empezando por el propio Mommsen, que lo consideraba una pura mentira¹⁰⁰, adquiere todo su sentido aquí.

Sin embargo, como suele suceder, no es tanto un problema de términos como de la historia que articulan: hablamos de un «jefe de partido» que da un golpe de estado contra los órganos desacreditados y degenerados de una constitución mezquina y desgastada, que genera un nuevo partido procedente de toda Italia, un partido grande, tradicionalista y conservador. Hablamos del emocionado consenso de Italia y Roma alrededor de ese líder, que se vincula con devoción a él y que le sigue como los soldados a un general, porque se identifican con su guía, con su condición de representante suyo, de la nación y de sus intereses, en ese partido único, conservador, pero en absoluto inmovilista, dado al cambio y la renovación continuos, que se constituye en gobierno, en un Nuevo Estado, y que corporeiza una nueva política que elimina la corrupción de las costumbres y regenera a la nación.

Todo ello es bien relacionable con los términos, las historias, las legitimaciones y las prácticas mussolinianas, incluyendo lo referido a ese partido único, que tiene su perfecto correlato en el *Partito Nazionale Fascista*. Lo propio del fascismo y del nazismo es tanto su carácter reaccionario, como su llamada al cambio, la renovación, la modernidad, una llamada que corporeizan como nadie, por ejemplo, los futuristas. La reivindicación de la tradición y la nación, de su renacimiento, son parte del mismo juego. A quien se le hablara en el período de entreguerras en los términos señalados, incluyendo al líder revolucionario que habría conseguido por la violencia hacerse con el poder, que habría constituido un partido nacional, y convertido un país desgarrado y revuelto en una auténtica nación con un gobierno estable y duradero¹⁰¹, tendría pocas dudas de a quién se referían tales líneas y desde qué orientación política.

Queda todo esto adicionalmente clarificado si analizamos un texto poco tenido en cuenta, muy traducido y difundido en toda Europa, el *Manifesto degli intellettuali fascisti agli intellettuali di tutte le Nazioni*, redactado por Giovanni Gentile en 1925, que incluso puede ayudarnos con la clave de otro factor más que hemos visto en Syme: su plasmación del viejo tema de los dos momentos de Octaviano/Augusto.

Cuenta cómo se desarrolla la violencia de los Camisas Negras, con sus escuadras armadas y ordenadas militarmente, que se enfrentan a las leyes para instaurar una nueva ley y fundar el Nuevo Estado (*nuovo Stato*), y cómo habrían luchado contra las fuerzas disgregadoras antinacionales entre 1919 y 1922. Y relata cómo, finalmente, el 28 de Octubre de 1922 habrían avanzado desde todas las provincias sobre Roma en medio del aplauso universal, con el pueblo italiano reencontrando su unanimidad, y todo el corolario de nación, recuperación, restauración financiera y moral y demás.

Y es ahora cuando, tras la toma del poder, todo cambia: en ese momento cesa el «escuadrismo y la ilegalidad» y se van los camisas negras por orden del Duce, devenido jefe de gobierno y alma de la nueva Italia. La gran mayoría de los italianos verían en el fascismo la

100. Cf. sobre esto, y como ejemplo, M.O.B. Caspari, "On the *Iuratio Italiae* of 32 B.C.," *Classical Quarterly*, 5, 1911, 230-35.

101. R. Syme, *RR*, 20.

fuerza política capaz de expresar todas sus fuerzas desde el seno de la nación y de disciplinarlas, cara a la transformación de las leyes y la organización del Estado sobre otras bases. El Mussolini, diríamos nosotros con Syme, terrorista, da lugar al Mussolini que organiza el Estado y trae la paz y el orden en medio de la admiración general, el que el 21 de Junio de 1925 habría insistido en el último Congreso del partido fascista en que los camisas negras dejaran la violencia para siempre.

El Estado asume a Mussolini y, por tanto, su violencia y represión, y ya no son necesarios terceros. De hecho, entre 1925 y 1926 vendrán las leyes *fascistissime* que generan el Estado puramente fascista, sin representatividad ni derechos democráticos formado por él y su partido como eje del poder. Es lo que Syme también hubiera definido como hace con Augusto: convertir un partido en un gobierno, en el Estado.

Conviene no extrañarse de estas orientaciones de Syme. Winston Churchill se manifestó en diversas ocasiones como un gran admirador de Mussolini, con el que mantuvo una larga correspondencia incluso durante la guerra. En 1927, siendo *Chancellor of the Exchequer* del gobierno inglés (1924-9), y ya cuando, como hemos visto, Mussolini había asentado su poder en Italia a costa de violencia y crímenes, no sólo visita Roma y se entrevista con él, sino que pronuncia un discurso en el que señala su admiración por un hombre que lo dirigía todo hacia al interés del pueblo italiano. Incluso apunta cómo, de haber sido italiano, se hubiera unido a él en la lucha contra los bestiales apetitos y pasiones del Leninismo, a la vez que exalta el tremendo servicio que había prestado su partido al mundo al demostrar que cabía enfrentarse a él, y que había un último recurso frente al cáncer del bolchevismo¹⁰².

No creo que haya mejor acompañante de lo señalado por Canfora respecto a las posiciones de Syme como justificación en última instancia de la necesidad del fascismo que estas declaraciones del admirador de Mussolini Sir Winston Churchill. El apoyo a Mussolini es la norma general en buena parte del mundo conservador mundial, y muy particularmente en Estados Unidos, donde sólo descende tras la invasión de Abisinia en 1935 y el acercamiento definitivo a la Alemania Nazi¹⁰³. Es el estallido de la II Guerra Mundial lo que hace que las frecuentes exaltaciones de Mussolini, y en menor medida también de Hitler, en los medios conservadores de toda Europa, incluyendo Inglaterra, deban ser cuidadosamente ocultadas.

En medio del contexto previo de apaciguamiento, concesiones, acuerdos y complicidades de todo tipo con Hitler y Mussolini que había permitido, entre otros muchos horrores, que el año de la publicación del libro que comentamos se hubiera culminado, con ayuda de Churchill y tantos otros, la entrega de España a los militares golpistas de Franco, resulta poco menos que ridículo considerar escandalosa la más o menos disimulada emoción mussoliniana de un antiquista neozelandés en Inglaterra.

102. Ver R. R. James (ed.), *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897-1963*, Londres, 1974, vol. 4, 416, (Rome, 20 January 1927) (mi frase preferida en inglés: «if I had been an Italian I am sure that I should have been whole-heartedly with you from the start to finish in your triumphant struggle against the bestial appetites and passions of Leninism»).

103. J-P. Diggins, *Mussolini and Fascism: The View from America*, Princeton, 1972; G. Seldes, *Facts and Fascism*, N. York, 1942.

Una nota final sobre la herencia y la continuidad de Mommsen. El imposible nacionalismo de Roma

Puede ser conveniente insistir por última vez en la fragilidad histórica de todo lo que Syme edifica con ayuda de las esencias patrias italianas, representada óptimamente por esa derrota de Roma por Italia bajo Augusto. El esfuerzo de reducción y encajonamiento para poder defender algo así es notorio: toda la ciudadanía romana deviene en su obra una ciudad, y esta ciudad de centenares de miles de habitantes se reduce, a su vez, a (su) elite post-silana y chusma capitalina ¹⁰⁴. Italia, por su parte, se limita a unas elites frustradas y desechadas identificadas con los ex-itálicos rebelados, y se dibuja con una personalidad única y unánime. Hace falta, adicionalmente, olvidar que el problema de acceso a los cargos afecta a romanos viejos y, por supuesto, a los romanos en las provincias ¹⁰⁵, que el propio juramento de Italia se ve seguido inmediatamente por el de esas provincias, creer que en medio de las masacres y amenazas hay verdaderas opciones para el sujeto «Italia» que construye ¹⁰⁶, o que cabe reclamar para el sistema augústeo algún tipo de supuesta representatividad más o menos delegada ni de Italia, ni de nada ni de nadie. Y cabría decir algo parecido del sinsentido de hacer de Augusto, hijo de una mujer de los Julios, heredero del hermano de ésta, Julio César, y de padre romano y bien romano, poco menos que un italiano, y de las llamadas, muy romanas y muy retóricas, ya desde Catón el Censor, a la vuelta a la pureza primitiva, algo igualmente italiano frente a lo romano.

No hay un solo argumento de peso que permita vislumbrar que tras la Guerra Social se produzca una identificación colectiva con «Italia» como proyecto político, una, por decirlo así, etnicidad italiana con perspectivas políticas. Su insistencia en los usos en gran medida anómalos de Virgilio ¹⁰⁷ no muestra otra cosa que la debilidad del argumento, que a lo mejor hubiera podido sustentarse si las algo nebulosas «regiones» de Italia de Augusto- hubieran producido una articulación política razonablemente autónoma que no centrara todo lo esencial en la misma Roma de siempre ¹⁰⁸.

Y, en particular, si el contraste entre tal *constructum* y las fuentes es evidente, entonces choca centralmente con las pretensiones de un autor que pretende basarse precisamente en un empirismo que deje de lado la banalidad de construcciones sin fundamento ¹⁰⁹.

104. R. Syme, *RR*, 139. Ver también, entre otros, la asociación *nobiles*-plebe en 88 y en 360.

105. Cf. R. Syme, *RR*, 462.

106. Siempre es útil citar el argumento nada engañoso de Tácito, *Ann.* 1.2. Ver M. Volponi, *Lo sfondo italico ...*, *op. cit.*, 11; 155; 9; y Ch. Pelling, “The Triumviral Period”, *Cambridge Ancient History X, The Augustan Empire*, 43 B. C.- A. D. 69, Cambridge 1996, 4.

107. Nótese en R. Syme, *RR*, 584 la observación sobre su diferencia con Lucrecio y Horacio (y no digamos ya con Livio). Una lectura aún útil en este sentido y que Syme no podía ignorar es J. Macinnes, “The use of “Italus” and “Romanus” in Latin Literature, with special reference to Virgil”, *Classical Review*, 26, 1912, 5-8.

108. Ver F. de Martino, “Note sull’ Italia Augustea”, *Athenaeum*, 53, 3-4, 1982, 245-261 y las perspectivas de H. Galsterer, “Regionen und Regionalismus in römischen Italien”, en *Historia*, 43, 1994, 306-323.

109. Para una crítica de esta pretensión, con su aplicación también a sus referencias a las fuentes literarias, ver L. Canfora, *Ideologías de los estudios clásicos*, *op. cit.*, 199-200; y J. Linderski, “Mommsen and Syme”...

Por otra parte, como apuntaba antes, choca también con la falta de suficientes reflexiones en la historiografía posterior sobre el papel de todo ello en su obra y sobre sus propios orígenes historiográficos, la tradición de la que bebe. Mommsen, criticado en lo político, perdura en lo más esencial. La Italia definida bajo la sombra de la frustración hasta que llega un salvador es puro Mommsen, para quien es esa frustración la que enmarca la historia de la República. Formulada la unidad italiana (la «Confederación Itálica») ya en los siglos IV-III a. C., la decadencia de la República en el s. II a. C. iría unida a la dilapidación de todo esto por la elite corrupta que la domina. La elite silana habría poco menos que incidido en la misma dirección y sería César quien se habría propuesto la auténtica regeneración de Italia, el renacer de la nación ¹¹⁰.

Ahora bien, ese mismo concepto de frustración nace en realidad de la imposible tarea de aplicar un modelo nacionalista-italiano a Roma. Si era inevitable que Mommsen lo aplicara, era inevitable también su fracaso, porque Italia nunca fue una identidad primordial, central, en el mundo romano, dominado por un concepto tan poco «nacionalista» e «italiano» como el de la ciudadanía, romana por supuesto. No hubo ningún proyecto frustrado de Italia en Roma.

El problema de la pregnancia del modelo mommseniano se entiende desde esa proyección de valores y esquemas nacionalistas, esto es, de una aplicación específica a Italia y Roma de los modelos de sociedad que se construyen en el s. XIX, y que solo se han empezado a poner en cuestión a partir de los años ochenta del siglo XX¹¹¹. Y también, en relación con ello, la escasez del tratamiento historiográfico de los componentes nacionalistas en el discurso de Syme deriva en gran medida de la aparente «naturalidad», normalidad o transparencia de un discurso sobre las identidades colectivas que no se había puesto en cuestión como debería antes de él y que tardó mucho en empezar a ponerse seriamente en cuestión después.

De todo ello han venido dando pruebas ciertas continuidades que llegan hasta hoy. Así, nos podemos encontrar todavía edulcoraciones de las relaciones entre romanos e itálicos en el siglo II a. C., la sorpresa ante la falta de consecuencias más o menos «nacionalistas» de la unidad de Italia tras la Guerra Social, la minusvaloración de los fenómenos de integración en la ciudadanía romana tras ella, la exageración de la importancia de la identidad «italiana», e incluso la idea de que algo falla en esa identidad cuando tras el gran unificador Augusto Italia deviene un territorio secundario económicamente respecto a las provincias.

Syme es en cierta forma otra víctima de una Italia que no está donde tantos la han buscado y de los modelos de fondo que la apuntalaban. Su continuación de las perspectivas mommsenianas es una demostración más de la pervivencia de un modelo inaplicable, en su caso aderezado con una precaria teoría de las elites enmarcada en las perspectivas imperiales de un Augusto un tanto mussoliniano.

op. cit., 45-6 sobre la ingenuidad de su pretensión de que los hechos hablan por sí mismos y que él se limita a describirlos.

110. Ver Th. Mommsen, *Römische Geschichte*, Berlín 1888-9 (8ª ed.), I, Cap. XI, 783 ss.; II, 372 ss.; 379; III, 3 ss.; 510; 530-1.

111. F. Wulff Alonso, «¿Por qué las identidades hoy? Historia antigua y arqueología ante un cambio de paradigma», en F. Wulff, M. Álvarez (eds.), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Málaga 2008, 11-50.